

**SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS (B)**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**20 de mayo de 2018**  
**Hch 2, 1-11; Gal 5, 16-25; Jn 15, 26-27; 16, 12-15**

Estimados jóvenes que recibiré el sacramento de la confirmación:

En la Escolanía habéis aprendido a conocer más la persona de Jesús y la obra que lleva a cabo a favor nuestro. Y ahora quieres que él os dé el Espíritu Santo para que os ayude en vuestra vida de cristianos. Ya habéis empezado a daros cuenta de que en nuestra sociedad no es fácil ser cristiano. Hay quien no entiende vuestra opción por Jesús y su Evangelio. Hay, también en nuestros días, hermanos y hermanas en la fe que dan la vida por su fe cristiana. Os dais cuenta de que, para vivir según el estilo de Jesús, necesitáis la fuerza y la luz del Espíritu. Él con su fuerza espiritual os ayudará, colaborando con vuestra libertad, a ser coherentes con el bautismo que recibisteis.

Sois jóvenes y a medida que vayáis avanzando en la juventud tendréis más sed de ser libres. Tenéis, también, ya ahora, sed de ser felices. Para un cristiano, el camino hacia la libertad personal consiste en dejarse llevar por el Espíritu. Y también el camino cristiano hacia la felicidad pasa por ser dóciles a la acción del Espíritu Santo. El Espíritu, presente en lo más íntimo de nosotros mismos, nos inspira la manera de vivir amando y sirviendo a los demás, para encontrar la libertad, para encontrar la felicidad.

Lo dejaba bien claro el apóstol San Pablo. En la segunda lectura, hablaba a partir de su experiencia. Había vivido una lucha interior entre *dejarse guiar por el Espíritu* y dejarse llevar por la pasión que el egoísmo suscitaba en su corazón. Y se había dado cuenta --como más tarde hizo un peregrino insigne de Montserrat, San Ignacio de Loyola- que seguir la pasión egoísta lleva una cierta satisfacción al inicio, pero deja vacío después y te va haciendo esclavo del egoísmo. Tanto si se trata de desenfrenos, como podría ser a nivel de sexo, de alcohol o de drogas, como si se trata de *discordias, de enemistades, de celos, de agresividad* hacia los demás. En cambio, --continuaba diciendo san Pablo-, dejándose guiar por *el Espíritu*, se encuentra, *el gozo, la paz, la bondad, el amor altruista, la sobriedad*. Es decir, se vive según el modelo de Jesús; se corre por caminos de libertad interior y de felicidad. Esto os dará el Espíritu Santo que ahora recibiréis a través de mi ministerio y por delegación del Sr. Obispo de Sant Feliu de Llobregat. El Espíritu os lo dará, pero vosotros tendréis que colaborar. Él os ama y os respeta tanto, que no forzaré vuestra vida. Pero os quiere libres como Jesús y quiere saciar la sed de vuestro corazón y de vuestra Inteligencia. Y quiere, además, que hagáis descubrir este tesoro a vuestros compañeros.

Hermanos y hermanas que llenáis esta basílica o nos seguís a través de los medios de comunicación:

Todos tenemos sed espiritual y, en cambio, en muchos momentos experimentamos la sequedad interior. Experimentamos la insatisfacción y buscamos satisfacerla a través de la posesión de cosas o de deseos inmediatos, según el estilo de nuestro mundo consumista. Pero esto no apaga la sed, no satisface el deseo más profundo. Sólo nos distrae un poco. Porque nuestro deseo, nuestra sed, es de infinito. Nuestro deseo es de plenitud. Como dice san Agustín, Dios nos ha hecho para él y nuestro corazón está inquieto hasta que no encuentra reposo en él (cf. Confesiones, I, 1). Debemos tener presente para no dejar que las pequeñas sedes, que los deseos que satisfacemos con cosas superficiales y pasajeros, no sean un obstáculo para descubrir la gran sed de sentido, de verdad, de felicidad, de infinito, que anida en el corazón humano. Por eso, Jesús compara la acción del Espíritu en el interior de los que creen en él, a *ríos de*

*agua viva* que nacen *en su interior* para saciarle la sed del corazón y darle vida (cf. Jn 7, 37-39).

El Espíritu Santo, que el Padre dio a la Iglesia por medio de Jesucristo el día de Pentecostés, y que hemos recibido en el sacramento de la Confirmación, es quien puede saciar la sed más profunda que experimentamos en nosotros mismos. Él, desde lo más profundo de nosotros, nos es consuelo y protección, rocío en nuestra aridez, confort en las penas, calor en la soledad, alegría y fuerza para el testimonio cristiano (cf. secuencia del día).

Estos frutos del Espíritu Santo no nos los podemos quedar para nosotros solos. Al igual que los apóstoles, después de haber recibido el Espíritu, empezaron a anunciar a Jesucristo y su Palabra, también nosotros tenemos que anunciar la Buena Nueva de Jesús para que los demás encuentren la alegría de creer y la fuente que puede saciar su sed. Todo bautizado y confirmado debe ser apóstol, testigo de Jesucristo.

Ahora, mientras invocaremos al Espíritu para que descienda sobre los que recibirán el sacramento de la confirmación, roguemos por ellos y que se renueve en nosotros la gracia que recibimos en nuestra, para que el Espíritu vigorice nuestra vida cristiana, nuestra oración, nuestra caridad y la fuerza de nuestro testimonio.

La Madre de Jesús estaba con los apóstoles y los primeros discípulos en la casa de Jerusalén donde vino el Espíritu Santo que los llenó de sus dones. Que ella, en esta casa suya de Montserrat, interceda para que hoy se repita en el corazón de todos aquello que la "bondad divina obró a los mismos inicios de la predicación del Evangelio" (cf. colecta del día).